

O'PHELAN GODOY, Scarlett. *La independencia en los Andes. Una historia conectada.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2015, 373 p.

Esta nueva publicación de Scarlett O'Phelan es un compendio de nueve artículos variopintos e interesantes sobre la independencia del Perú, revisados y corregidos para esta edición. Si bien varios de los textos ya han sido publicados en otros lugares, la primera valoración que cabe es la de la importancia de tener en conjunto nueve miradas profundas sobre la independencia peruana que posibilitan un panorama y una especialización en el conocimiento. Ello convierte a esta compilación en un referente ineludible en la historiografía peruana de este período. Paso a comentar los aspectos que me hacen afirmar lo dicho.

En primer lugar, O'Phelan resume contundentemente la temática que plantea trabajar a través de los acertados títulos de sus textos y de sus epígrafes. “Incas y caciques en el imaginario europeo”, “Por el rey, religión y la patria”, “Los tres reinos”, “Abascal y la reformulación del espacio virreinal”, “Un diálogo de sordos”, “Una inclusión condicional”, y, concluyendo esta enumeración, el ejemplo más claro es el propio título del libro “La independencia en los Andes. Una historia conectada”. Estas expresiones no se plasman solo para concitar la atención del lector, son coherentes con el tema que subyace en ellos y la autora demuestra por qué los eligió. Siguiendo con el nombre del libro, al finalizar la lectura del último artículo, queda claro que la independencia del Perú tuvo que ser así: una historia conectada en múltiples

aspectos, inclusive en aquellos que no son fácilmente visibles, como pueden ser los que corresponden al fuero íntimo de sus protagonistas, tema que la autora maneja muy bien, sobre todo cuando se refiere a las expectativas de los estamentos que ella contrasta.

Son varios los temas tratados en los artículos. Uno de ellos es cómo se desestructura el sistema cacical después de la rebelión de Túpac Amaru II. Este punto es clave para engarzar con la propuesta –irreal o anacrónica– del venezolano Francisco de Miranda. Este es un gran aporte de O’Phelan, pues es ir más allá de la figura del cacique en el siglo XVIII y del análisis tradicional –y superficial por cierto– del pensamiento del prócer americano. Las realidades y los personajes son analizados según la época, en este caso, según los alcances de la información y del conocimiento: la figura del cacique, cómo cambia esa figura a finales del siglo XVIII, qué se sabía de toda esta transformación, qué lecturas pudo tener en cuenta Miranda en esa centuria para elaborar su proyecto político, qué se sabía del Perú prehispánico. En esta línea, el repaso que la autora realiza por la historiografía ilustrada del siglo XVIII sobre el Perú (textos o imágenes) es muy importante. Las imágenes discursivas existentes sobre el pasado incaico (inca, Manco Cápac, incanato), las del desarrollo agrícola, las que aluden a una perfección del sistema, las de la “pureza” imperial incaica fueron manejadas por quienes no tenían otra manera de acercarse a la realidad peruana de fines del siglo XVIII, como fue el caso de Miranda, y como lo fue también el del diputado suplente Dionisio Inca Yupanqui en las sesiones de las Cortes de Cádiz. Es así que considerando todos estos factores, una de las preguntas sustanciales es: ¿quiénes eran esos caciques para Miranda y qué papel jugarían en el imaginado “incaísmo” que proponía? La conclusión de la autora es valedera: amén del desconocimiento de una realidad tan complicada como la del cacique en los Andes, también Miranda utilizó una nomenclatura –incas

y caciques— que otorgaría identidad y peso históricos a su proyecto; en otras palabras, lo que el prócer realizó fue un intento de legitimación.

La historia comparada se halla presente en todo el texto, pero uno de los escritos donde se hace más evidente es el segundo, enfocado en las juntas de gobierno de 1809 en La Paz y Quito. De entrada, la autora está comparando dos grandes focos económicos, políticos, religiosos, militares, culturales, focos de tradición, puntos que abrían y cerraban el gran espacio del virreinato del Perú. Este artículo empieza analizando la adhesión al rey —y la no adhesión— de esas juntas formadas tempranamente, antes inclusive de la convocatoria a Cortes de la Regencia en Cádiz el año 1810, cómo y por qué se reunieron, quiénes se reunieron, etc. Paralelamente, se van mostrando varias sendas más, direccionadas hacia un centro mayor: la comprensión de todo el proceso, del principio y del final. Así como elige dos puntos geográficos, Quito y La Paz, también en el análisis O'Phelan señala dos extremos: las juntas en 1809 y la suerte de estos espacios en las guerras de independencia pues, como afirma, paradójicamente luego estas juntas se convirtieron en bastiones realistas.

Lo que está en el medio de estos dos extremos es lo que se analiza en este estudio. Un tema adicional que se debe destacar es la conexión que O'Phelan realiza entre el objetivo del esquema de intendencias y el poder eclesiástico. El plan no era eliminar la figura del corregidor, sino disminuir el poder de los obispos en las provincias americanas, un poder de larga data que no calzaba con el proyecto general borbónico de limitar a aquellos grupos que mantenían cierta autosuficiencia. Este es un giro revelador, pues hace evidente que la división territorial de las intendencias cubría un espacio geográfico similar al de los obispados, que en el intendente también recaían atribuciones del Patronato Regio y que la justicia eclesiástica en algunos obispados —como fue el caso

de Maynas— no estaba claramente delimitada. Esta conexión intendencias-obispos, la autora la considera como una de las variables para comprender la presencia fuerte o no de los eclesiásticos en estas juntas de gobierno.

Con el estudio de La Paz y de Quito, O'Phelan abre tres puertas más: la posición geopolítica de Lima, la autoridad del virrey Fernando de Abascal y el binomio pendular regionalismo-centralismo. El pivote que conecta estos tres puntos es la capital virreinal peruana: la Lima política que estaba en la mira de los focos mencionados; la Lima desde donde Abascal extendía sus redes de información y de control; la Lima que, en realidad, no formaba parte de las regiones que arrastraban Quito y La Paz, y que no estaba incluida, por ejemplo, en el proyecto de autonomía regional planteado por la Junta Tuitiva que reproducía el circuito comercial Cuzco-Potosí. Lima unía y desunía en un concierto de discursos, acciones militares, intereses personales y afinidades. Estamos frente a un regionalismo oscilante hacia un centralismo cuando, por ejemplo, ambas juntas escribieron a Abascal para que este les reconociera autoridad. Y, sin embargo, siendo tan importante la capital peruana, O'Phelan no coloca la fortaleza de esta como única explicación del fracaso de los proyectos juntistas. Si Quito y La Paz no prosperaron fue también por el faccionalismo, porque no fueron capaces de elaborar un proyecto político al margen de desencuentros personales y de la inmediatez de sus reivindicaciones.

224

Precisamente, respecto a Fernando de Abascal hay un tema más de gran importancia. El historiador Brian Hamnett afirma que Abascal consiguió recuperar para el Perú territorios que habían cercenado los Borbones, y con esto estaba, más o menos, saboteando el proyecto reformador con el beneplácito de las élites criollas peruanas que se sintieron reivindicadas. O'Phelan complementa esta afirmación dando otro alcance: ya antes de la llegada de Abascal, la propia corona

empezó a modificar sustancialmente el territorio del Perú. Maynas se recuperó por la Real Cédula de 1802, el control militar de Guayaquil también retornó al Perú en 1803, en 1809 también Cuenca se integró al Perú, y en 1812 hacía lo propio Valdivia, ciudad que tenía uno de los presidios más conocidos. Abascal reforzó estos espacios, a los que se añadiría la Audiencia de Charcas, sin intención de ir en contra de la política borbónica ni servirse del mineral de Potosí, en declive para inicios del siglo XIX. Lo que Abascal unió, la independencia lo desmembró en territorios que formarían o serían nuevas repúblicas.

En el libro se incide en la inclusión social sobre todo en dos títulos: “Ciudadanía y etnicidad en las Cortes de Cádiz” y “Una inclusión condicional: indios, esclavos y castas de color entre la rebelión de Túpac Amaru y la independencia”. Esta inclusión abarca todo el período independentista con proyección hacia la república. El tema tiene muchas aristas, pero esta publicación gira en torno a cuatro asuntos: el tributo, la ciudadanía, la libertad y las expectativas de estos sectores poblacionales. Yendo en contra de parte de la historiografía que considera que todo empezó con Cádiz, la autora pone sobre la mesa una reivindicación: los reclamos por la abolición del tributo fueron anteriores a Castelli, a Cádiz, a los debates en la península. Esto hay que tenerlo claro, pues en muchas esferas académicas aún se sigue pensando en clave de la metrópoli. Cádiz fue medular en la historia de América, de eso no cabe duda, pero también es verdad que potenció asuntos por los que se venía escribiendo y luchando desde las propias provincias americanas y desde los distintos grupos sociales.

Con la lectura de estos artículos vuelve a quedar claro, por ejemplo, que la abolición del tributo indígena, solicitada y llevada a cabo en distintos períodos, no es un tema sencillo. Cuestiones como la autoridad de los caciques —que eran los que lo cobraban—, la distinta implicancia de esta abolición

en las provincias del norte y en las del sur del Perú, la relación del tributo con el diezmo, el tributo y el repartimiento, la anuencia de algunas comunidades en seguir pagando el tributo para no perder la lograda ciudadanía, la negativa de otras en contraposición, el tributo y los líderes que lo suprimieron y los que lo volvieron a instaurar, el tributo y el sentimiento de frustración por estas idas y venidas legales durante décadas, son solo una pequeña muestra de todo lo que hay que mirar para conocer la situación de la población indígena durante el proceso de independencia.

Si esto acontece con los indios, que eran quienes constituían un ente legal ratificado por la Legislación de Leyes de Indias y que eran vasallos del rey, podemos comprender la situación de los negros con la promesa de abolición de la esclavitud, de esa inclusión condicional, como reza el título del escrito, tanto con Túpac Amaru como con San Martín y Bolívar. Se analiza en Cádiz la situación de las castas con la cuestión de su ciudadanía o no, dando como resultado, prácticamente, su exclusión de la política. ¿Y si hablamos de los mestizos y de otros “grupos de color”? Nuevamente, O’Phelan acierta al relacionar este último punto con la movilidad social que propició el ejército en las guerras de independencia. Siguiendo el estudio de John Lynch sobre caudillos militares, en el caso peruano se demuestra la relación entre mestizos, ejército y caudillismo militar, que fue la que dirigió parte del siglo XIX republicano.

226

Hay otra línea de análisis que tiene que ver con un tema crucial en el estudio de la década de 1820: la actuación de las elites criollas en los máximos sitios del nuevo gobierno. Me refiero a José de la Riva-Agüero, José Bernardo de Tagle, José de San Martín, Antonio José de Sucre, Bernardo Monteagudo, Simón Bolívar y Bernardo O’Higgins en la independencia del Perú. Unos más, otros menos, todos fueron protagonistas del momento de la decisión y escisión política final.

El artículo “Sucre en el Perú: entre Riva-Agüero y Torre Tagle” es particularmente relevante. El análisis que O'Phelan realiza acerca de la actuación y opciones que tomaron las elites criollas americanas a las que les llegó el momento de asumir el mando político y militar ansiado durante décadas es clarificador de toda esta época convulsa. “Ambivalencia política” de quienes fueron los primeros presidentes del Perú, pertenecientes, Riva-Agüero y Torre Tagle, a la nobleza titulada limeña, más cercanos por formación intelectual y tradición a la “metrópoli” y, por ende, a la monarquía peruana propuesta por San Martín; ambivalencia en la confrontación con otros líderes que representaban una visión de gobierno distante de sus conocidos patrones virreinales. Estos desencuentros no fueron solo discursivos. Si Riva-Agüero y Torre Tagle se fueron apartando de San Martín y de Bolívar fue por la radicalidad de las medidas de uno y otro que atentaron contra la promesa inicial de “respetar sus vidas y sus bienes”. En este sentido, la persecución de que fue objeto el estamento “español” del Perú en distintos niveles terminó por redefinir las opciones de quienes fueron los dos primeros presidentes del Perú y que terminaron uno en el exilio (Riva-Agüero) y otro (Torre Tagle) en los castillos del Callao, huyendo del triunfo en Ayacucho, de Bolívar y de la independencia que él mismo fomentó desde Trujillo. Estas historias, también emblemáticas por razón de la angustia vital que se vivió, confirmarían, según O'Phelan, la hipótesis de que la nobleza no se insertó con éxito en el movimiento independentista.

Dentro de estas historias personales confluyen otras, que son las que le permiten a la autora realizar uno de los estudios comparativos mejor elaborados sobre los nobles, los caudillos y la independencia. Este nuevo aporte de O'Phelan permite que nos hagamos preguntas de índole regional. Tenemos certeza de que la mayor cantidad de títulos nobiliarios se concentraba en Lima, pero también había nobleza en el

norte del Perú, por ejemplo; y si no, recordemos que donde no hay títulos de Castilla, hay otros referentes nobiliarios. Estamos hablando de elites que manejaban distintos conceptos estamentales pero que, para los efectos de su afirmación, se sentían también “españoles” y a veces con más derechos que los limeños por ser algunos de ellos primeros “vecinos” en el Perú en relación con la fundación de ciudades españolas anteriores a Lima. ¿Ellos sí se insertaron con éxito en el movimiento independentista? Si eso es verdad, ¿qué tanto tuvo que ver en esa inserción regional a la independencia el hecho de que Torre Tagle y Riva-Agüero tuviesen al norte en sus historias como un bastión de apoyo? No son en absoluto casuales estas conexiones. Podemos inclusive equiparar, en un momento concreto, puntos más o menos equidistantes a Lima: el sur andino realista-el norte patriota, completando así la historia conectada que O’Phelan nos está presentando para el resto del espacio andino.

En esta secuencia de ideas sobre nobles peruanos y no caudillos, líderes criollos pero no revolucionarios, aparece Bernardo O’Higgins. Pero no es el personaje en sí lo más importante en perspectiva, sino los vínculos que unieron y separaron a los hombres de la independencia en el transcurso del tiempo, como bien se refleja en la historia familiar y personal de este chileno-irlandés. De nuevo aparece en este punto la historia comparada que nos proporciona la autora. Torre Tagle y O’Higgins, monarquía y antimonarquismo, nobleza titulada versus “aborrecimiento de la aristocracia” en palabras del propio O’Higgins; y sin embargo, San Martín vino al Perú desde Chile con el encargo de O’Higgins de apoyarse en Torre Tagle.

228

No se olvida O’Phelan de engarzar otra realidad paralela a los acontecimientos en Lima: el Cuzco, el sur andino y las elites indígenas, destacando la siguiente idea. Cuzco fue, citando a la autora, el nuevo epicentro del virreinato peruano

desde 1821 hasta 1824. El virrey La Serna ocupó la sede cuzqueña que los ministros de la audiencia del Cuzco le habían ofrecido en cuanto se enteraron de que ya no estaba en Lima. El Cuzco se estaba comportando como un centro inclinado al realismo, tanto así que en 1823 pidió esta ciudad a España se le declarara la capital del Perú. Que esta opción política después se fuese matizando por la propia vorágine de la guerra, no le resta significación a este desplazamiento geopolítico y mental que las elites cuzqueñas hicieron en un momento de gran incertidumbre, en circunstancias temporales en las que la opción más fuerte la representaba al inicio José de San Martín.

Finalmente, se trata de una publicación con un gran soporte documental y bibliográfico, y, además, con un estructurado aparato crítico que refrenda de manera contundente las ideas presentadas. Scarlett O'Phelan hace una lectura profundamente reveladora de espacios, realidades, perspectivas, personas, discursos e imágenes, que es imprescindible para comprender mejor nuestros inicios republicanos, y sobre la que hay que seguir investigando, más aún en estos años bicentenarios.

Elizabeth Hernández García
Facultad de Humanidades
Universidad de Piura, Campus Lima